

maravillosamente los modelos que tenían á la vista, pero era raro que imaginaran algo mas; seguian exactamente la naturaleza, miéntras que Rafael procuraba escederla. Ellos nos han dejado en verdad una exacta pintura del hombre; pero el otro nos hace descubrir la Divinidad en sus obras.

Se puede aplicár á la eleccion misma del objeto, lo que he dicho de la manera de tratarlo. Los pintores de lo pasado buscaban fuera de sí, ó léjos de su tiempo, grandes objetos que presentaran á su imaginacion una vasta carrera; pero los nuestros se esfuerzan en reproducir exactamente los detalles de la vida privada que tienen sin cesar á su vista, y copian siempre objetos pequeños, cuyos originales se encuentran con abundancia en la naturaleza.

## CAPÍTULO XII.

Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.

---

Acabo de decir que en los siglos democráticos los monumentos artísticos son en lo general mui numerosos y pequeños; pero ahora me apresuro á indicar la escepcion de esta regla.

En los pueblos democráticos los individuos son estremamente débiles; pero el estado que los representa á todos y los tiene á todos en su mano, es mui fuerte. En ninguna parte los ciudadanos parecen mas pequeños que en una nacion democrática, pero en ninguna parece la nacion, por sí mis-

ma, mas grande, ni el espíritu se estiende mas. En las sociedades democráticas, la imaginacion de los hombres se estrecha cuando se ocupan de ellos mismos; pero se estiende indefinidamente cuando se ocupan del estado; y de aquí resulta que los mismos hombres que viven escasamente en pequeñas habitaciones, aspiran á lo gigantesco cuando se trata de monumentos públicos.

Los americanos han establecido en el lugar en que querian fijar su capital, el radio de una ciudad inmensa que hoi no está tan poblada como Pontoisa, pero que segun ellos debe contener pronto un millon de habitantes, y con este fin han arrancado ya los árboles que habia hasta diez leguas al rededor, temiendo que molestasen á los futuros ciudadanos de esta metrópoli imaginaria. En el centro de ella han construido un palacio magnífico para sala del congreso, y le han dado el pomposo nombre de Capitolio.

Los Estados particulares conciben por sí mismos y ejecutan diariamente empresas prodigiosas, de que se asombraria el genio de las grandes naciones de Europa; de modo que la democracia no inclina solamente los hombres á hacer una multitud de obras pequeñas, sino tambien á elevar en corto número grandes monumentos. Entre estos dos extremos se puede decir con razon que no existe na-

da, pues algunos restos esparcidos de edificios mui vastos, no anuncian cosa alguna acerca del estado social y las instituciones del pueblo que los ha levantado; y añadido, aunque esto salga de mi objeto, que tampoco hacen conocer su grandeza, sus luces ni su prosperidad real.

Siempre que un poder cualquiera sea capaz de hacer concurrir todo un pueblo á una sola empresa, conseguirá con mucho tiempo y con poca ciencia sacar del concurso de esfuerzos tan grandes alguna cosa inmensa, sin que de esto se pueda concluir que el pueblo es mui feliz, ilustrado ni aun poderoso. Los españoles encontraron en la ciudad de Méjico muchos templos magníficos y edificios vastos; pero esto no impidió á Cortés conquistar el imperio con 600 infantes y 16 caballos.

Si los romanos hubiesen conocido mejor las leyes de la hidráulica, no hubieran necesitado construir todos esos acueductos que rodean las ruinas de sus ciudades, y habrian empleado mejor su poder y su riqueza; y si hubiesen descubierto las máquinas de vapor, quizá no hubieran estendido hasta las estremidades de su imperio esas dilatadas rocas artificiales que llaman caminos romanos. Todas estas cosas atestiguan su ignorancia al mismo tiempo que su grandeza.

El pueblo que no dejase otros vestigios de lo que

fué, que algunos tubos de plomo dentro de la tierra, y algunas barras de hierro en su superficie, podria haber conocido la naturaleza mejor que los romanos.

### CAPÍTULO XIII.

Fisonomía literaria de los siglos democráticos.

---

Cuando se entra en la tienda de un librero en los Estados-Unidos, y se observan los libros americanos que adornan sus estantes, el número de las obras parece mui grande, miéntras que el de los autores conocidos parece al contrario, mui pequeño. Desde luego se encuentran una multitud de tratados elementales que dan las primeras nociones de los conocimientos humanos. La mayor parte de estas obras se han compuesto en Europa, pero los americanos las reimprimen, y las adaptan á su

uso. En seguida se halla una cantidad innumerable de libros de religion, biblias, sermones, anécdotas piadosas, controversias, relaciones de los establecimientos de caridad, y en fin el largo catálogo de folletos políticos, pues en America, aunque los partidos no se combaten con libros, hai no obstante cuadernos ó libelos que circulan con una rapidez increíble, se leen el dia de su publicacion y desaparecen al siguiente.

En medio de estas oscuras producciones del espíritu humano, aparecen las obras mas notables de un corto número de autores que son conocidos por los europeos, ó que debieran serlo.

Aunque en nuestros dias sea la América el país civilizado en donde se ocupan ménos de literatura, se encuentran sin embargo, muchos individuos que se interesan en las cosas del espíritu, y hacen de ellas, si no el estudio de toda su vida, á lo ménos el recreo de sus ocios. La Inglaterra es la que provee á estos de la mayor parte de los libros que necesitan; y así es que casi todas las grandes obras inglesas se han reproducido en los Estados-Unidos. El genio literario de la Gran Bretaña estiende aun sus rayos hasta lo interior de los bosques del Nuevo-Mundo, y no hai cabaña en donde no se encuentren algunos tomos sueltos de Shakespeare. Recuerdo haber leído en una choza (*log-house*),

por la primera vez, el drama feudal de Henrique V.

No solamente recurren los americanos todos los dias á los tesoros de la literatura inglesa; sino que puede decirse con verdad que encuentran la literatura de Inglaterra en su propio suelo. De los pocos que se ocupan en los Estados-Unidos en componer obras de literatura, la mayor parte son ingleses en el fondo y sobre todo en la forma. De este modo introducen en el seno de la democracia las ideas y los usos literarios que se observan en la nacion aristocrática que han tomado por modelo; y pintando así con colores prestados las costumbres extranjeras, no representan jamas en la realidad el país que les ha dado el ser, y rara vez llegan á hacerse populares.

Los ciudadanos de los Estados-Unidos parecen estar tan convencidos de que no se publican los libros para ellos, que ántes de fijarse acerca del mérito de alguno de sus escritores, aguardan que se haya formado juicio en Inglaterra; á la manera que en materia de pinturas se deja con gusto al autor del original el derecho de juzgar de la copia.

Los habitantes de los Estados-Unidos, hablando propiamente, no tienen todavía literatura. Los únicos autores que yo reconozco como americanos, son los redactores de diarios, y aunque no son á la verdad grandes escritores, hablan al ménos la len-

gua del país, y se hacen entender : en los demas, no veo sino extranjeros, que son para los americanos lo que fueron para nosotros los imitadores de los griegos y de los romanos en la época del nacimiento de las letras, un objeto de curiosidad, y no de general simpatía; escritores que divierten el espíritu, pero que no influyen en las costumbres.

Ya he dicho que este estado de cosas no dependía absolutamente de la democracia, y que era preciso buscar la causa en otras muchas circunstancias particulares é independientes de ella.

Si los americanos, conservando siempre su estado social y sus leyes, tuviesen otro origen y se encontrasen trasportados á otro país, no dudo que poseerian una literatura : tales como son, creo firmemente que acabarán por poseerla; pero siempre tendrá un carácter diferente del que se manifiesta en los escritos americanos de nuestros dias, que le será peculiar; no es imposible trazar este carácter con anticipacion.

Yo supongo un pueblo aristocrático en que se cultiven las letras, y que los trabajos de la inteligencia, así como los negocios del estado, sean allí dirigidos por una clase soberana; la vida literaria y la existencia política se hallan casi enteramente reconcentradas en esta clase ó en las que

la rodean mas de cerca. Esto me basta para averiguar todo lo demas.

Cuando un pequeño número de hombres, siempre los mismos, se ocupan al propio tiempo de iguales objetos, se entienden fácilmente y disponen de comun acuerdo las reglas principales que deben dirigir á cada uno en particular. Si el objeto que atrae la atencion de estos hombres es la literatura, los trabajos del espíritu se someterán á algunas leyes precisas, de las que no será permitido separarse.

Si estos hombres, pues, ocupan en el país una posicion hereditaria, serán naturalmente inclinados, no solo á adoptar para ellos mismos un cierto número de reglas fijas, sino á seguir las que se habian impuesto sus abuelos; su legislacion será á la vez vigorosa y tradicional. Como no se hallan preocupados con las cosas materiales, ni lo han estado nunca, ni sus padres lo estuvieron mas que ellos, han podido interesarse durante muchas generaciones en los trabajos del espíritu. Comprenden al fin el arte literario, y acaban por amarlo por lo que es en sí, experimentando un verdadero placer al ver que se conforman con él.

Ademas, los hombres de que hablo han empezado su vida y la acaban en la comodidad y en la riqueza, y por lo mismo, deben haber concebido

naturalmente el gusto por los goces esquisitos, y el amor de los placeres finos y delicados. Hai mas : una cierta flojedad de espíritu y de corazón que contraen frecuentemente en medio de ese largo y pacífico uso de tantos bienes, los conduce á alejar de sus mismos placeres, lo que en estos puede hallarse de demasiado vivo ó inesperado. Gustan de que se les divierta sin conmovellos, y que se les interese sin perturbar su ánimo.

Imaginemos ahora un gran número de trabajos literarios ejecutados por los hombres que acabo de describir, ó para ellos, y se concebirá sin duda una literatura, en que todo será regular y estará coordinado anticipadamente ; las obras de ménos importancia serán cuidadas hasta en sus mas pequeños detalles ; el arte y el trabajo se dejarán ver en todas las cosas : cada género tendrá sus reglas particulares de que no será permitido separarse, y que lo aislarán de todos los otros. El estilo parecerá casi tan importante como la idea, la forma como el fondo, y el tono será culto, moderado y sostenido. El espíritu llevará siempre un paso noble, y raras veces precipitado ; y los escritores se entregarán mas bien á perfeccionar que á producir. Podrá suceder que los miembros de la clase letrada, no viviendo sino entre ellos, y no escribiendo mas que para ellos, pierdan enteramente de vista el

resto del mundo ; lo cual les lanzará en lo afectado y en lo falso, y se impondrán pequeñas reglas literarias para su uso esclusivo, que les separarán insensiblemente del buen sentido, y al fin los conducirán fuera de la naturaleza.

A fuerza de querer hablar de otro modo que el vulgo, vendrán á parar en una especie de jerigonza que no se aleja ménos del buen lenguaje que el modo de hablar del pueblo. Estos son los escollos naturales de la literatura en las aristocracias.

Toda aristocracia que se separa enteramente del pueblo, se hace débil ; lo cual sucede igualmente en literatura que en política (1).

Volvamos ahora el cuadro y considerémoslo por el reverso. Trasportémonos al seno de una aristocracia, cuyas antiguas tradiciones y luces presentes, la hagan sensible á los goces del espíritu. Las clases se hallan allí mezcladas y confundidas ;

(1) Esto es particularmente cierto en los países aristocráticos que por largo tiempo han estado sometidos al poder de un rei.

Quando reina la libertad en una aristocracia, las clases altas se ven sin cesar obligadas á servirse de ciertas bases, y al hacerlo necesariamente se aproximan á ellas ; por lo cual penetra á veces en su seno algo del espíritu democrático : á mas de esto, en un cuerpo privilegiado que gobierna se desarrolla una energía, un hábito de empresa y un gusto por el movimiento y el ruido, que no pueden dejar de influir en todos los trabajos literarios.

los conocimientos y el poder están divididos hasta lo infinito y, me atrevo á decirlo, esparcidos por todos lados. Se verá, pues, una multitud cuyas necesidades intelectuales están por satisfacer; y como estos nuevos amantes de los goces del espíritu no han recibido todos la misma educación, no poseen las mismas luces, ni se asemejan á sus padres, á cada instante difieren entre ellos, porque mudan incesantemente de lugar, de sentimientos y de fortunas. El espíritu de cada uno no está ligado al de los otros por tradiciones, ni hábitos comunes, porque no han tenido nunca el poder, la voluntad ni el tiempo de entenderse entre sí; por tanto, en el seno de esta multitud incoherente y agitada, es donde nacen los autores, y ella es la que les distribuye los beneficios y la gloria.

No hai dificultad en comprender, que estando así las cosas, no debe esperarse encontrar en la literatura de un pueblo semejante, sino un pequeño número de esas convenciones rigurosas que en los siglos aristocráticos reconocen los lectores y los escritores. Si llegase á suceder que los hombres de una época estuviesen de acuerdo sobre algunas, nada probaria esto para la época siguiente, porque en las naciones democráticas cada nueva generación es un nuevo pueblo. En ellas las le-

tras se someten con dificultad á reglas rigurosas, y es casi imposible que lo estén nunca á reglas permanentes.

En las democracias, no todos los que se ocupan de literatura han recibido una educación literaria, y aun entre los que tienen alguna tintura de bellas letras, la mayor parte siguen una carrera política, ó abrazan una profesión de que no pueden desviarse sino por momentos, para gozar en secreto los placeres del espíritu. Estos placeres no forman el encanto principal de su existencia, pero los consideran como un descanso pasajero y necesario en medio de los trabajos serios de la vida: semejantes hombres no pueden jamás adquirir conocimientos bastante profundos del arte literario para percibir sus delicadezas; y los pequeños matices, por decirlo así, se les escapan. Como no pueden disponer sino de un tiempo muy limitado para dedicarse á las letras, quieren aprovecharlo todo entero, y gustan por eso de los libros que se consiguen con facilidad, que se leen pronto y que no exigen estudio particular para entenderse. Quieren bellezas fáciles que se demuestren por sí mismas, y de que se pueda gozar al instante; aman sobre todo lo inesperado y lo nuevo, y habituados á una existencia práctica, agitada y monótona, tienen necesidad de emociones vivas y rápidas, de claridad, de verdades ó de

errores brillantes, que les saquen al momento de sí mismos y les introduzcan de repente, y como por fuerza, en medio del objeto.

Pero, ¿ para qué cansarnos? ¿ quién no comprenderá lo que sigue sin que yo lo diga? Hablando en general, la literatura de los siglos democráticos no puede presentar como en los tiempos de aristocracia, la imágen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte; la forma se encontrará, de ordinario, descuidada y algunas veces despreciada; el estilo será frecuentemente extravagante, incorrecto, sobrecargado, flojo, y casi siempre atrevido y vehemente; los autores se fijarán mas en la rapidez de la ejecucion que en la perfeccion de los detalles: habrá mas escritos pequeños que libros de fundamento, mas espíritu que erudicion, mas imaginacion que profundidad: reinará una fuerza inculta y casi salvaje en el pensamiento, y muchas veces una variedad grande y una fecundidad singular en sus producciones. Se procurará asombrar mas bien que agradar, y se tratará de escitar las pasiones mas bien que de encantar el gusto.

Se encontrarán, sin duda, de tiempo en tiempo escritores que querrán marchar por otra via, y si tienen un mérito superior, conseguirán hacerse leer, á pesar de sus defectos y de sus cualidades; pero estas escepciones serán raras, y los mismos

que en el conjunto de sus obras se hayan así separado del uso comun, volverán á entrar en él por algunos detalles.

Acabo de describir dos estados opuestos; pero las naciones no pasan de un golpe del primero al segundo, sino que llegan poco á poco y al traves de grados infinitos. En el tránsito que conduce un pueblo culto del uno al otro, sobreviene casi siempre un momento en que encontrándose el genio literario de las naciones democráticas con el de las aristocracias, parece que ambos quieren reinar de acuerdo en el espíritu humano.

Estas son á la verdad, épocas pasajeras, pero mui brillantes: se tiene entónces la fecundidad sin exuberancia, y el movimiento sin confusion. Tal fué la literatura francesa del siglo xviii.

Diria mas de lo que pienso, si añadiese, que la literatura de una nacion está siempre subordinada á su estado social y á su constitucion política: sé que ademas de estas causas hai otras muchas que imprimen ciertos caractéres á las obras literarias; pero aquellas me parecen las principales.

Las relaciones que existen entre el estado social y político de un pueblo y el genio de sus escritores, son siempre mui numerosas, y quien conoce el uno no ignora jamas totalmente el otro.